

casa? Debajo de aquella gran viga ha quedado la caja en que guardo algunos dinerillos... pocos... no vayan á creer... ¿Dónde hay por ahí media docena de hombres?... ¡Dios mío! Pero esa Junta, esa Audiencia, ese Capitán General, ¿en qué están pensando?... ¡Eh!, paisano, amigo, hombre caritativo..., á ver si levantamos la viga que cayó en el rincón... ¡Eh!, dejen ahí en un ladito ese moribundo que llevan al hospital, y vengan á ayudarme. ¿No hay un alma piadosa? Parece que los corazones se han vuelto de bronce... Ya no hay sentimientos humanitarios... ¡Oh, zaragozanos sin piedad, ved cómo Dios os está castigando!»

XIII

Los desgarradores lamentos del tacaño añadían la nota más lúgubre á la queja horripilante de los heridos y hambrientos. Lo que mayormente irritaba al don Jerónimo era el patriotismo. Del heroísmo hablaba pestes. Según él, era delito imperdonable dejarse matar cuando se debían cantidades que el acreedor no había de cobrar en el otro mundo. Ved con qué lógica horrible argumentaba: «Ya se ve; esto de pagar es muy duro, y algunos dicen: «Muramos y nos quedaremos con el dinero.» Pero Dios debiera ser inexorable con esta canalla heroica, y en castigo de su infamia resucitarlos para que se las vieran con el alguacil y el escribano. ¡Dios mío, resucítalos! ¡Santa Virgen del Pilar, Santo Dominguito del Val, resucítalos!»

En esto llegaron la vieja y María con algunas provisiones, y se llevaron al avariento al misero albergue que se habían proporcionado en un portal del callejón del Órgano. Por María supe la terrible desgracia que á los Montorias afligía: había muerto el primogénito, Manuel Montoria.

Confirmó la fatal nueva mi amigo D. Roque, el cual me dijo que la viuda de Manuel, los padres don José y D.^{na} Leocadia estaban en la próxima calle de la Parra, donde el cadáver yacía. No quiero afligiros refiriéndoos la luctuosa escena que allí vi. Á la inmensa desdicha que ya sabéis, añadid ahora que el niño de Manuel, de cuatro años de edad, atacado de la epidemia y ya moribundo, expiraba en brazos de su madre. El cuadro era de inenarrable tribulación: Don José Montoria, el hombre de acero, se violentaba para conservar su entereza; perdiéronla absolutamente doña Leocadia y su nuera, la viuda de Manuel. Ambas atornaban la calle con gritos que partían el corazón. Todos llorábamos, y era en verdad peregrino y espantoso que el llanto mismo nos sirviera de consuelo, porque bebiéndonos nuestras lágrimas creíamos ingerir algún alimento.

Á los pocos minutos de mi llegada expiró el niño... Su cuerpo frío retiramos D. José y yo de los brazos de la madre, mientras Agustín pugnaba por llevarse á ésta... No hay palabras para expresar tal acumulación de humanos dolores, sobrepuestos y enzarzados unos en otros... Pasado algún tiempo, el gran Montoria, con esforzado corazón y tirantez sobrehumana de su voluntad, nos dijo: «Es preciso que enterremos á mi hijo y á mi nieto.»

Miró él, miramos todos en derredor, y vimos innumerables cadáveres insepultos. En la calle de las Rufas había bastantes; en la inmediata de la Imprenta se había constituido una especie de depósito. No es exageración lo que voy á decir. Parece mentira, pero es cierto. Un hombre entró en la calle de la Imprenta y empezó á dar voces. Por un ventanillo apareció otro hombre que, contestando al primero, dijo: «Sube.» Entonces aquél, creyendo que era extravió entrar en

la casa y subir por la escalera, trepó por el montón de cuerpos y llegó al piso principal, una de cuyas ventanas le sirvió de puerta.

En otras muchas calles ocurría lo mismo. ¿Quién pensaba en abrir sepulturas? Por cada par de brazos útiles y por cada azadón había cincuenta difuntos. De trescientos á cuatrocientos perecían diariamente sólo de la epidemia.

Montoria, al ver tal cúmulo de muertos, habló así:

«Mi hijo y mi nieto no pueden tener el privilegio de dormir bajo tierra. Sus almas están en el Cielo: ¿qué importa lo demás? Los acomodaremos ahí, en la bocacalle de las Rufas... Ea, señores, despachemos pronto, que quizás hagamos falta en otra parte.

— Sr. D. José — dijo D. Roque llorando, — retírese usted también, que los amigos cumpliremos este triste deber.

— No, yo soy hombre para todo, y Dios me ha dado un alma que no se dobla ni se rompe.»

Entre él y yo cargamos el cadáver de Manuel y Agustín cogió el del niño para ponerlos en la entrada del callejón de las Rufas, donde otras muchas familias habían depositado sus muertos. Montoria, luego que soltó el cuerpo, exhaló un suspiro, y dejando caer los brazos, como si el esfuerzo hecho hubiera agotado su energía, dijo:

«Es verdad, ¡porra!: no puedo negar que estoy muy cansado. Ayer me encontraba joven; hoy me encuentro viejo.»

Efectivamente, Montoria estaba viejísimo, y una noche había condensado en él la vida de diez años.

¡Dios mío, cuán difícil y penoso fué apartar de aquel sitio á las inconsolables madres! Casi á cuestas hubimos de llevarlas por entre un gentío en que se destacaban los grupos de mujeres consternadas y las esce-

nas dolorosas. Don Roque y dos ancianos amigos de la familia quedaron custodiando los cuerpos en la calle de las Rufas.

En aquel mismo día tuve ocasión de apreciar la tremenda rivalidad entre el gran patriota aragonés y don Jerónimo de Candiola. Este hombre sin entrañas no se recataba para manifestar su alegría por la muerte del primogénito de Montoria. Lo celebraba como un triunfo personal, por designio de la Providencia en favor suyo. En cambio, D. José, que con él hubo de tropezarse en el Coso, le pidió perdón por las ofensas verbales de aquel día... Al quitarle, mediante pago, los costales de harina, no hizo más que cumplir las órdenes de la Junta de Abastos. Lejos de imitar á Montoria en su cristiana conducta, Candiola vomitó contra él injurias atroces y repugnantes, renegando de los patriotas y del patriotismo, amenazando con tomar represalias cuando en la ciudad hubiese autoridades y justicia conforme á regulares leyes. Era, en verdad, un hombre insidioso y vil, que por cobardía no dejaba entrever sus traidoras intenciones.

Y esta fiera discordia entre los padres había de poner á los desdichados hijos en grave conflicto de amor, porque, muerto Manuel Montoria, y siendo Agustín el llamado á perpetuar el nombre y lustre de la familia, antes se juntaría el cielo con la tierra que autorizar D. José y D.^a Leocadia el casamiento de su hijo con Mariquita Candiola. Ni ésta ni su inocente novio creían ya en el milagro de la Virgen del Pilar. Su Virgen les abandonaba, y el rosado cuento de Agustín terminaría forzosamente en una convulsión trágica. No habría bodas como no se celebraran entre llamaradas del Infierno.

El 3 de febrero se apoderaron los franceses del Convento de Jerusalén, que estaba entre Santa Engracia y

el Hospital. La pelea que precedió á la conquista de tan importante posición fué tan sangrienta como las de Tenerías, y allí murió el distinguido comandante de Ingenieros D. Marcos Simonó. Por la parte oriental poco adelantaban los sitiadores, y en los días 6 y 7 todavía no habían podido dominar toda la calle de Puerta Quemada.

Las autoridades comprendían que era difícil prolongar mucho más la resistencia, y con ofertas de honores y dinero intentaban exaltar á los patriotas. En una proclama del 2 de febrero decía Palafox á los que pedían recursos: «Doy mis dos relojes y veinte cubiertos de plata, que es lo que me queda.» En la del 9 se quejaba de la indiferencia y abandono con que algunos vecinos miraban la suerte de la patria, y después de suponer que el desaliento era producido por el oro francés, amenazaba con grandes castigos al que se mostrara cobarde.

Mi batallón se había fundido en el de *Extremadura*, pues el resto de uno y otro no llegaba á tres compañías. Agustín Montoria era capitán, y yo, que á mediados de enero recibí galones de sargento, fui ascendido á alférez el día 2. No volvimos á prestar servicio en Tenerías, y lleváronnos á guarnecer San Francisco, vasto edificio que ofrecía buenas posiciones para tiro-tear á los franceses, establecidos en Jerusalén.

Desde el día 4 empezaron los imperiales á minar el terreno para apoderarse del Hospital y de San Francisco, pues harto sabían que de otro modo era imposible. Para impedirlo contraminamos, con objeto de volarles á ellos antes que nos volaran á nosotros, y este trabajo ardoroso en las entrañas de la tierra á nada del mundo puede compararse. Entre los golpes de nuestras piquetas oíamos, como un sordo eco, el de las piquetas de los franceses, y después de haber-

nos batido y destrozado en la superficie, nos buscábamos en la horrible noche de las catacumbas para acabar de exterminarnos.

En esta penosa tarea nos relevábamos con frecuencia; en los ratos de descanso salíamos al Coso, sitio céntrico de reunión, y al mismo tiempo parque, hospital y cementerio general de los sitiados. Una tarde (creo que la del 5) comentábamos en la portería de San Francisco las peripecias del sitio, opinando todos que bien pronto sería imposible la resistencia. El corrillo se renovaba constantemente.

La comidilla de aquel día fué que algunos malos patriotas habían traspasado las líneas visitando el campo francés, con intento de acelerar la rendición por reprobados medios. Alguien acusó á Candiola de andar en estos odiosos tratos. Él lo negó. Era calumnia, infame tramoya de sus enemigos para perderle. Un compañero nuestro aseguró después haberle visto franquear la última barricada, frente á Jerusalén. La opinión se condensó tan vigorosamente contra Candiola, que una tarde hubimos de dar una verdadera batalla en el Coso para salvarle de la muerte.

Os contaré brevemente la verdad de la execrable traición del gran tacaño de Zaragoza. Jerónimo de Candiola vino muy niño de Baleares á la capital de Aragón con sus padres, que se establecieron en la calle de San Voto con un comercio mísero de loza ordinaria y cordelería. Vivió la familia algunos años pobremente. Jerónimo, cuando apenas contaba doce años, fué monaguillo en las monjas de Jerusalén. Conocía un paso subterráneo que, arrancando de aquel convento, pasaba por San Diego y Santa Rosa, y concluía en la casa llamada de *los Duendes*. Desde los sótanos de ésta, bastaba una corta galería para llegar debajo de la Sala Capitular de San Francisco. Fué Candiola al campo

francés, se puso en comunicación con un capitán de *Suizos*, llamado D. Carlos Lindener, que había pasado del servicio de España al de Francia, y... lo demás lo comprenderéis fácilmente por el hecho terrible que voy á referiros.

Hallábame yo en la calle de San Gil al servicio de las piezas que allí habíamos emplazado, cuando nos estremeció una detonación tan fuerte, que ninguna palabra del lenguaje tiene energía para expresarla. Creímos que la ciudad entera era lanzada al aire por la explosión de un inmenso volcán abierto bajo sus cimientos. Todas las casas temblaron, obscurecióse el cielo con espesísima nube de humo y polvo, y á lo largo de la calle vimos caer trozos de pared, miembros despedazados, maderos, tejas, lluvias de tierra y material de todas clases.

«¡La Santa Virgen del Pilar nos asista!—exclamó don José de Montoria. — Parece que ha volado el mundo entero. ¿Qué es esto? ¿Existe todavía Zaragoza?... Ha volado el Convento de San Francisco... ¡Porra!, traición hay aquí, ¡mil porras!...»

Gravemente herido en una pierna, el buen patricio andaba con dificultad. «Traición..., ha sido traición», gritábamos todos.

Acercóse á nosotros el locuaz mendigo de quien hice mención en las primeras páginas de este relato.

«*Sursum Corda* — le dijo Montoria, — dame tus muletas, que para nada las necesitas.

— Déjeme su merced llegar á aquel portal — replicó el cojo, — y se las daré. No quiero morir en medio de la calle.

— ¿Te mueres tú?

— Así parece. La calentura me abrasa. Estoy herido en el hombro desde ayer, y todavía no me han sacado la bala. Siento que me voy... Tome usía las muletas.»

Con ellas pudo avanzar un poco Montoria hacia el lugar de la catástrofe. Los franceses habían cesado de hostilizar el Convento por el lado del Hospital; pero, asaltándolo por San Diego, ocupaban á toda prisa las ruinas, que nadie podía disputarles. Conservábase en pie la iglesia y torre de San Francisco.

Espantado quedé oyendo hablar á Montoria y á un oficial de Ingenieros de la posibilidad de arrebatarse al Imperio las ruinas del Convento de San Francisco. Comprenderéis la sublimidad de este absurdo cuando sepáis que dos ó tres docenas de hombres extenuados, hambrientos, descalzos, medio desnudos, algunos de ellos heridos, se sostuvieron todo el día en la torre. Mas no contentos con esto, extendiéronse por el techo de la iglesia, y abriendo agujeros aquí y allí, sin atender al fuego que se les hacía desde el Hospital, arrojaban granadas de mano contra los franceses, obligándoles á abandonar el templo al caer de la tarde. Toda la noche pasó en tentativas del enemigo para reconquistarlo; pero no pudo conseguirlo hasta el día siguiente, cuando los tiradores del tejado se retiraron corriéndose á la casa de Sástago.

XIV

¿Zaragoza se rendirá? La muerte al que esto diga.

Zaragoza no se rinde; la reducirán á polvo; de sus históricas casas no quedará ladrillo sobre ladrillo; caerán sus cien templos; su suelo abriráse vomitando llamas, y lanzados al aire los cimientos, caerán las tejas al fondo de los pozos; pero entre los escombros y entre los muertos habrá siempre una lengua viva para decir que Zaragoza no se rinde.

Llegó el momento de la suprema desesperación. Francia ya no combatía, minaba. Al fin, ¡parece men-

tiral, nos acostumbramos á las voladuras, como antes nos habíamos hecho al bombardeo. Á lo mejor, se oía un ruido como el de mil truenos retumbando á la vez. ¿Qué ha sido? Nada: la Universidad, la capilla de la



Sangre, la casa de Aranda, tal convento ó iglesia que ya no existen. Aquello no era vivir en nuestro pacífico y callado planeta; era tener por morada las regiones del rayo, mundos desordenados donde todo es fragor y desquiciamiento. No había sitio alguno donde estar, porque el suelo ya no era suelo, y bajo cada planta se abría un cráter.

Ya no se comía. ¿Para qué, si se esperaba la muerte de un momento á otro? Centenares, miles de hombres perecían en las voladuras, y la epidemia había tomado carácter fulminante. Ya no había parientes ni amigos; menos aún: ya los hombres no se conocían unos á otros, y ennegrecidos los rostros por la tierra, por el humo, por la sangre, desencajados y cadavéricos, al juntarse después del combate, se preguntaban: «¿Quién eres tú? ¿Quién es usted?»

Pasó un día después de la explosión de San Fran-

cisco, día horrible, que no parece haber existido en las series del tiempo, sino tan sólo en el reino engañoso de la imaginación. Yo fui á la calle de las Arcadas poco antes de que se hundieran sus casas. Volví al Coso á cumplir la misión que se me encargó, y por el camino supe que descubierta y comprobada la traición de Candiola, éste fué encerrado en la Torre Nueva, hasta que el Consejo de guerra sentenciara sobre el castigo que debía imponérsele. Para no cansaros, os diré que el feroz tacaño fué fusilado en la misma plaza de San Felipe al amanecer del siguiente día. Yo tuve la desgracia de mandar el pelotón que puso fin á su aborrecida existencia.

.....
 Vete lejos de mí, horrible pesadilla. No quiero dormir. Pero el mal sueño que anhelo desechar vuelve á mortificarme. Quiero borrar de mi imaginación la lúgubre escena; pero pasa una noche y otra, y la escena no se borra. No; yo no soy capaz de quitar á sangre fría la vida á un semejante, aunque un deber inexorable me lo ordene. ¿Por qué no temblaba en las trincheras y ahora tiemblo? Siento un frío mortal. Á la luz de las linternas veo algunas caras siniestras; una, sobre todo, lívida y hoesca que expresa un espanto superior á todos los espantos. ¡Cómo brillan los cañones de los fusiles!... Los soldados me miran, y yo disimulo mi cobardía frunciendo el ceño. Somos estúpidos y vanos hasta en los momentos supremos. Parece que los circunstantes se burlan de mi perplejidad, y esto me da cierta energía. Entonces despego mi lengua del paladar y grito: ¡Fuego!

.....
 Yo estoy exánime; no puedo moverme. Esos hombres que veo pasar por delante de mí no parecen hombres. Están flacos, macilentos, y sus rostros serían

amarillos si no les ennegrecieran el polvo y el humo. Brillan bajo la fruncida ceja los ojos que ya no saben mirar sino matando. Se cubren de harapos inmundos, y un pañuelo ciñe su cabeza como un cordel. Están tan escuálidos, que parecen los muertos del depósito de la calle de la Imprenta que se han levantado para relevar á los vivos. De trecho en trecho veo, entre columnas de humo, moribundos en cuyo oído murmura un fraile conceptos religiosos. Ni el moribundo entiende, ni el fraile sabe lo que dice.

No sé lo que me pasa. No me digáis que siga contando, porque ya no hay nada. Ya no hay nada que contar, y lo que veo no parece cosa real, confundiéndose en mi memoria lo verdadero con lo soñado. Estoy tendido en un portal de la calle de la Albardería y tiemblo de frío; mi mano izquierda está envuelta en un lienzo lleno de sangre y lodo... Alargo la derecha y toco el brazo de un amigo que vive aún.

«¿Qué ocurre, amigo *Sursum Corda*?

— Los franceses parece que están del lado acá del Coso — me contesta con voz de ultratumba. — Han volado media ciudad. Puede que sea preciso rendirse. El Capitán General cayó enfermo de la epidemia y está en la calle de Predicadores... Entrarán los franceses. Me alegro de morirme para no verlos. Y usted, señor de Araceli, ¿se ha muerto ya?»

Me levanto y doy algunos pasos. Apoyándome en las paredes, avanzo un poco y llego junto á las Escuelas Pías. Un brazo amigo me sostiene, y reconozco á don Roque.

«Querido Gabriel — me dice con afección. — La ciudad se rinde hoy mismo.

— ¿Qué ciudad?

— Ésta.»

Al hablar así, me parece que nada está en su sitio.

Los hombres y las casas, todo corre en veloz fuga. La Torre Nueva saca sus pies de los cimientos para huir también, y desapareciendo á lo lejos, el capacete de plomo se le cae de un lado. Ya no resplandecen llamas en la ciudad. Columnas de negro humo corren de Levante á Poniente, y el polvo y la ceniza, levantados por los torbellinos del viento, marchan en la misma dirección.

«Todo huye, todo se va de este lugar de desolación — digo á D. Roque. — Los franceses no encontrarán nada.

— Nada: hoy entran por la puerta del Ángel. Dicen que la capitulación ha sido honrosa. Mire: ahí vienen las almas del otro mundo que defendían la plaza.»

En efecto; por el Coso desfilan los últimos combatientes. Son padres sin hijos, hermanos sin hermanos, maridos sin mujer. El que no puede encontrar á los suyos entre los vivos, tampoco es fácil que los encuentre entre los muertos, porque hay cincuenta y dos mil cadáveres yacentes en las calles, en los portales de las casas, en los sótanos, en las trincheras. Los franceses, al entrar, se detienen llenos de espanto ante espectáculo tan terrible, y casi están á punto de retroceder. Las lágrimas corren de sus ojos, y se preguntan si son hombres ó espectros las pocas criaturas con movimiento que discurren ante su vista.

El soldado voluntario, al entrar en su casa, tropieza con los cuerpos de su esposa y de sus hijos. La mujer corre á la trinchera, al paredón, á la barricada, y busca á su marido. Nadie sabe dónde está: los miles de muertos no hablan, no pueden dar razón de si yace Fulano entre ellos. Familias numerosas se encuentran reducidas á cero, y no queda en ellas uno solo que eche de menos á los demás.

Francia ha puesto al fin el pie dentro de aquella ciu-

dad edificada á las orillas del clásico río que da su nombre á nuestra Península; pero la ha conquistado sin domarla. Al ver tanto desastre y el fúnebre aspecto de Zaragoza, el ejército imperial, más que vencedor, se considera sepulturero de aquellos heroicos habitantes. Cincuenta y tres mil vidas le tocaron á la ciudad aragonesa en el contingente de doscientos millones de criaturas con que la Humanidad pagó las glorias militares del Imperio francés.

Este sacrificio no será estéril, como sacrificio hecho en nombre de una idea. El Imperio, cosa vana y de circunstancias, fundado en la movible fortuna, en la audacia, en el genio militar, inefcaz y secundario cuando preterido el servicio de la idea sólo existe en obsequio de sí propio; el Imperio francés, digo, aquella tempestad que conturbó los primeros años del siglo, y cuyos relámpagos, truenos y rayos aterraron á Europa, pasó, porque las tempestades pasan, y lo normal en la vida histórica, como en la Naturaleza, es la calma.

Lo que no ha pasado ni pasará es la idea de nacionalidad que España defendía contra el falso derecho de conquista y la usurpación. Cuando otros pueblos sucumben, ella mantiene su derecho, lo defiende, y sacrificando su propia sangre y vida, lo consagra, como consagraban los mártires en el circo la idea cristiana. El resultado es que España, despreciada injustamente en el Congreso de Viena, desacreditada con razón por sus continuas guerras civiles, sus malos gobiernos, su desorden, sus bancarrotas más ó menos declaradas, sus inmorales partidos, sus extravagancias, sus toros y sus pronunciamientos, no ha visto nunca, después de 1808, puesta en duda la continuación de su nacionalidad. ¡Ay del que se atreva á intentar la conquista de esta casa de locos!

El 21 de febrero, tristísimo día, mi entrañable amigo y yo cumplimos el deber de enterrar á Mariquita Candiola. Después de buscarla por toda la ciudad, la encontramos muerta en la calle de Antón Trillo. No tenía ni la herida más leve; ni una gota de sangre manchaba sus ropas; sus párpados no se habían hinchado como en los que morían de la epidemia. Al despedirse, con extremos de infinito dolor, del cuerpo de la linda joven, Agustín me dijo: «María no ha muerto de nada... quiero decir que ha muerto de pena y desesperación.» Creíamos ver una hermosa imagen de cera. Ved aquí, amiguitos míos, cómo terminó con horribles amarguras y convulsión trágica el rosado cuento del capitán Montoria. Antes que llenáramos de tierra la sepultura, Agustín rompió su espada y la arrojó en la fosa... Después, sin cuidarse de enjugar sus lágrimas, dijo á los amigos presentes que era su voluntad encerrarse en el monasterio de Veruela hasta el fin de sus días.

La guarnición, según lo estipulado, debía salir con los honores militares por la puerta del Portillo. Yo estaba tan enfermo y desfallecido, que mis compañeros tuvieron que llevarme casi á cuestas. De lejos vi á los franceses cuando con más tristeza que júbilo se extendieron por lo que había sido ciudad.

Inmensas, espantosas ruinas la formaban. Era la ciudad de la desolación, de la epopeya, digna de que la llorase Jeremías y de que el grande Homero la cantara.

En la Muela, donde me detuve para reponerme, se me presentó D. Roque, que salió también de la ciudad, temiendo ser perseguido por sospechoso.

«Gabriel—me dijo,—yo esperaba que en vista de la heroica defensa de la ciudad, serían más humanos. Hace unos días vimos dos cuerpos que arrastraba el Ebro en su corriente. Eran Mosén Santiago Sas, jefe de los valientes escopeteros de la parroquia de San

Pablo, y el Padre Basilio Boggiero, maestro, amigo y consejero de Palafox. Dicen que á ese último le fueron á llamar á media noche, so color de encomendarle una misión importante, y luego que le tuvieron entre bayonetas, lleváronle al puente, donde le acribillaron, arrojándole después al río. Lo mismo hicieron con el cura Sas.

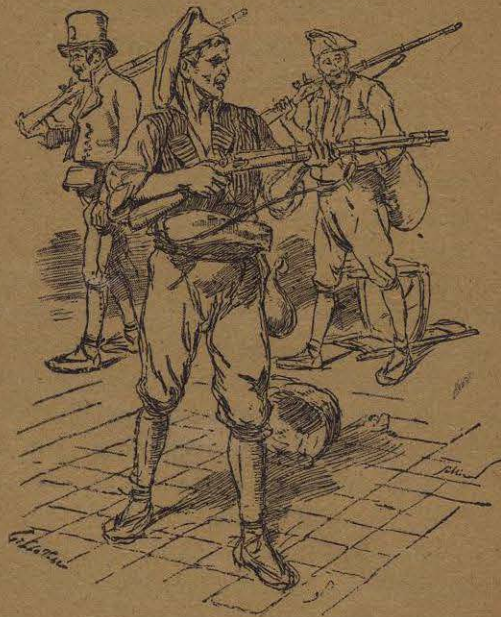
—Y nuestro protector y amigo D. José de Montoria, ¿no ha sido maltratado?

—Gracias á los esfuerzos del presidente de la Audiencia ha quedado con vida; pero me le querían arcabucear... nada menos. Á Palafox parece que le llevan preso á Francia, aunque prometieron respetar su persona. ¿Y qué me dices de la hombrada del mariscalazo Sr. Lannes?... Se necesita fresca para lo que él ha hecho... Pues nada más sino que mandó que le llevaran las alhajas de la Virgen del Pilar, diciendo que en el templo no estaban seguras... Nada, hijo... que se quedó con ellas. Para disimular, ha hecho como que se las ha regalado la Junta.»

Don Roque se detuvo para acompañarme, y luego partimos juntos. Después de restablecido continué la campaña de 1809, tomando parte en otras acciones, conociendo nueva gente, y estableciendo amistades frescas ó renovando las antiguas. Más adelante referiré algunas cosas de aquel año, así como lo que me contó Andrés Marijuán, con quien tropecé en Castilla cuando yo volvía de Talavera y él de Gerona.



GERONA



I

Relación de Andrés Marijuán :

«Entré en Gerona á principios de febrero del año 9, y me alojé en casa de un cerrajero de la calle de Cort-Real. Á fines de abril salí con la expedición que fué en busca de víveres á Santa Coloma de Farnés, y á los pocos días de mi regreso murió, á consecuencia de las heridas recibidas en el segundo sitio, aquel buen hombre que me había dado asilo. Creo que fué el 6 de